



VI

Asunción de la Santísima Virgen

Sermón panegírico pronunciado, en la Iglesia de la Encarnación, el día 15 de Agosto de 1868, con motivo de la fiesta de la Hermandad del Tránsito.

Surrexit Rex in occursum ejus; adoravitque eam. et sedit super thronum suum: positus que est thronus matri regis, quæ sedit ad dexteram ejus.....et dixit ei Rex: Pete mater mea.

El Rey se levantó á su encuentro y la adoró. y sentóse sobre su trono: y fué puesto un trono para la madre del Rey. que se sentó á la derecha de él.....y el Rey le dijo: Pide, madre mía. Libro 3.º de los Reyes. cap. 2. vs. 19 y 20.

Mis hermanos:

Leyendo el profeta David, en el libro del porvenir, presentóse ante sus ojos la dulce y celestial figura de María. Arrebatado por la inspiración, traza en una sola frase la historia de su preciosa vida, enlazando su cuna y su sepulcro con el vínculo sagrado de las bendiciones de Dios. Saluda su advenimiento al mundo, entre los encantos de una belleza inmaculada y de una pureza angelical: SPECIE TUA ET PULCHRITUDINE TUA, INTENDE; describe el curso bonancible de su vida sobre la tierra, pintándola llena de gracia y cubierta con bendicio-

nes de dulzura, PROSPERE, PROCEDE; y por último, envolviendo su sepulcro en nubes de misterio, nos la presenta reinando entre los esplendores de una gloria inmortal: ET REGNA.

Allí es también en donde quiero yo presentarosla, hermanos míos. Quiero que la contempléis conmigo asentada con la magestad de una reina, en el trono luciente que la preparó de toda la eternidad la sabiduría increada. Os invito á tributar vuestros homenajes á esta soberana emperatriz de los cielos y la tierra, saludándola con las palabras que el ángel le dirigió en la tierra y que los bienaventurados repiten en el cielo: AVE GRATIA PLENA.

INTRODUCCIÓN

La Jerusalén celestial tiene también sus pompas y sus solemnidades; hay también sus horas de regocijo particular, en ese día sin noche de la eternidad. Una de estas fue aquella en que celebraron los moradores del emperio, la entrada triunfal de su reina y su señora; fiesta clásica y solemnísima en los inmortales fastos de la iglesia triunfante. Desfallezco, hermanos míos, al tener que describiros la pompa de esa solemnidad augusta, en la cual toman parte las adorables personas de la Trinidad beatísima y todos los moradores del reino celestial; ¿ni que podré deciros que sea digno de Dios, del cielo y de María? ¿cómo podré pintaros las alegrías de los santos, la veneración de los ángeles, la gloria misma del Altísimo, en aquel momento, que formará época en los anales de la eternidad, en que se presentó María en el cielo, para ser coronada y reconocida como reina y soberana de los ángeles y de los hombres?

Apesar de todo, ensayaré en cuanto mis fuerzas lo permitan, el trazaros un cuadro de las glorias de María en el precioso momento de su Asunción al cielo. La

grandeza misma del asunto preocupará vuestros espíritus y poco repararéis en mis defectos, arrebatados en la contemplación de las inefables glorias de María. Escuchadme atenta y devotamente.

PENSAMIENTO ÚNICO

Es propio de la grandeza de Dios glorificar á las criaturas, según la medida de sus humillaciones en este valle de lágrimas. Bajo de este respecto, ninguna gloria será más excelente que la de María, puesto que ninguna criatura ha experimentado humillaciones más profundas que ella. Hija de David, oculta en el seno de su abatimiento voluntario la nobleza de su sangre y los derechos de su estirpe; exenta de todo pecado, se cubre con las ignominias del pecador, yendo á purificarse al templo; verdadera madre de Dios, prefiere llamarse su esclava; y jamás alzó su frente ennoblecida por la maternidad divina, sino que siempre la llevó abatida como la última y la más pobre de las siervas; y para que se colmase la medida de sus humillaciones, fue precipitada también en ese torrente de ignominias, que arrastraron hasta un patíbulo afrentoso al mismo Unigénito del Padre. De esta manera, hermanos míos, las humillaciones de María sólo son excedidas y sobrepujadas por las infinitas humillaciones del Verbo encarnado. Por esto, sólo la gloria de Jesucristo será más grande que la gloria de María. Después de haber reconocido la justicia con que fue glorificada, según la medida de sus merecimientos, vengámos á considerar los detalles de este misterio que se consuma entre el tiempo y la eternidad: el gran misterio del tránsito de María de este destierro á la patria celestial.

Trasladáos en espíritu á Jerusalén, y fijad vuestra vista en un espectáculo verdaderamente conmovedor. El Colegio Apostólico rodea el lecho de muerte de la

castísima é inmaculada María. En sus semblantes abatidos por el dolor se entreven, sin embargo, los signos de la resignación. Mientras tanto, el amor va á consumir la disolución de los vínculos que retienen en la tierra el alma de María; desde el instante de su nacimiento, su vida entera ha sido una aspiración sublime hacia el corazón de Dios; por eso, ha devorado tantas veces la muerte cuantos instantes ha pasado sobre la tierra; y el primer momento de su verdadera vida es el momento de su preciosa muerte. ¿Quién pudiera seguir, hermanos míos, al alma bienaventurada de María, en los espacios infinitos de la eternidad? Viéndola levantarse desde la tierra hasta lo mas encubrado del cielo, exclamó el profeta: ¿Quién es esta que asciende del desierto tan llena de delicias y apoyada sobre su amado? Vióla también el Sabio, y la comparó á esa columna de olorosos vapores, que exhalan de su seno las flores aromáticas. Como la piedra abandonada á su propio peso busca precipitadamente el centro de su reposo; como la saeta lanzada por diestra mano, en bien templado arco, hiende los aires con veloz carrera hasta llegar á su blanco, así el alma de María, impelida por el amor, no halló reposo sino en el seno mismo del único encanto de su corazón.

Marcado estaba en el cielo el feliz momento en que debía ser recibida al gozo eterno de la bienaventuranza el alma inmaculada de María. Hechos estaban, desde toda eternidad, los preparativos de esta pomposísima fiesta, decretada en los consejos de Dios para enaltecer á María sobre todos los hombres, sobre todos los Santos, sobre todos los Angeles del Paraíso. Cuando sonó en el tiempo la suspirada hora de su dichoso tránsito, se desplegó en el cielo el aparato deslumbrador de una magnificencia real, para recibir entre esplendores de triunfo á su augusta reina y soberana Señora. Aquí, hermanos míos, siento todo el peso de mi flaqueza, por

que ha llegado el momento de pintaros la triunfante entrada de María en la Jerusalén Celestial. Representáos esa ciudad de Dios, bañada con los resplandores del Sol de justicia; imagináos, asentados en sus diversos tronos según sus merecimientos, á los venerables patriarcas de la antigua ley, á los santos profetas que prepararon el advenimiento del Mesias, y á ese numeroso ejército de escogidos que han alcanzado yá la corona de la vida; figuráos, hermanos míos, esa dichosa mansión de los justos en la cual ya no hay llanto ni dolor, sino alegría inefable y paz verdadera; allí no hay confusión ni desorden, sino concierto y armonía. Distribuidos están, según su gerarquía, todos los moradores de esta celeste ciudad, ocupados perpetuamente en cantar las alabanzas de su Dios. Todos están revestidos de gloria y esplendor, porque todos participan, cual más, cual menos, de los torrentes de luz que parten, del trono de Jehová. Veamos, hermanos míos, lo que pasa en el cielo, al presentarse en él la inmaculada María. Un cántico de alabanza resuena en todos los ángulos del Paraíso; los espíritus angélicos acompañan con sus melodiosas armonías los himnos de júbilo; y María entra con la magestad de una reina, entre las entusiastas aclamaciones de todos los santos y de todos los ángeles. Los progenitores del género humano son los primeros que la saludan como á verdadera madre de todos los vivientes, que supo quebrantar la cabeza de la serpiente, devolviendo, tanto á ellos como á su desgraciada stirpe, su perdida felicidad; reconocióla, en seguida, Moisés como la esplendorosa estrella de Jacob, como la misteriosa y floreciente vara de Aarón; y el venerable legislador de los Hebreos inclinóse ante ella con profundísimo respeto. Vióla también Isaias y reconoció á la misma que había descrito como la prometida á los primeros padres, como la anunciada por los oráculos proféticos, como la tierra de bendición de la que de-

bía brotar, como un fruto precioso, el Salvador del mundo; Jeremías, el inspirado cantor de la desolación de Israel, adoró á María, viendo cumplido en ella el grande é inaudito prodigio de una mujer que circularía al varón; Ezequiel, que todo lo vió entre símbolos y nubes de misterio, reconoció en María esa puerta cerrada para todos y solo abierta para el príncipe; Daniel contempló, lleno de asombro, aquel monte misterioso del cual fué cortada una piedra, que no es otra sino la piedra angular Cristo Jesús; y todos los justos del Testamento antiguo, la reconocieron como la gloria de Jerusalén, como la alegría de Israel, como la honra de su pueblo. Y entre los elegidos de la nueva ley, los mártires pusieron á sus piés las palmas de su martirio, como un homenaje tributado á la mujer fuerte, que resistió incommovible, al pié de la Cruz de su Hijo, el espantoso aluvión de todos los dolores humanos; inclinaron las Vírgenes sus cabezas virginales, ante la más pura de las vírgenes y la más augusta de las madres, y dobláronse los lirios que sustentaban sus manos, en presencia de este lirio cultivado en los jardines del esposo entre las espinas del dolor; los confesores todos de la fe reverenciaron en María á la mujer fiel, que confesó siempre la divinidad de su Hijo y que no se avergonzó de él, ni entre las afrentas é ignominias de la Cruz. Entre tanto, las gerarquías angélicas, plegadas reverentemente las doradas alas, y pulsando la cítara, el harpa y el salterio entonaban entre torrentes de deliciosa armonía el AVE GRATIA PLENA, alternado con el GLORIA IN EXELSI DEO, uniendo así, en cántico eterno y unísona alabanza, el nombre incommunicable de Dios y el nombre dulcísimo de María. Y cuando la tierna y purísima doncella de Nazaret ascendió sobre todas las gerarquías de los santos y sobre todos los coros de los espíritus angélicos, escúchase en el empíreo una aclamación universal de regocijo y de alabanza, y todos los mora-

dores de la celestial Sión, exclamaron acordemente: Exaltada ha sido la Santa Madre de Dios al reino celestial, sobre todos los coros de los ángeles.

Hermosa es como una paloma que se levanta sobre los arroyos de las aguas; exquisita fragancia exhalan sus vestiduras; como en día de primavera brotan á su rededor las rosas y los lirios. Es María el trono esplendente en que se asentó Salomón rodeado de pompa y de magestad; es la más hermosa entre las hijas de los hombres; es el espejo sin mancilla en que se retrata la hermosura indeficiente del Verbo; es la estrella de la mañana, que se presentó á los hombres como una aparición celestial entre los sonrosados tintes de la aurora; su pureza, como la del Sol al mediodía, cuando ninguna nube intercepta sus rayos; su fortaleza, como la de un ejército bien ordenado en una batalla; su firmeza, como la de una torre asentada en hondos cimientos y circunvalada de espesos muros; su dulzura, como sabrosa miel destilada del panal; su virginidad, como huerto cerrado en que abundan las más exquisitas flores, sin que nadie se atreva á cogerlas; su caridad, como pozo de aguas vivas en que todo sediento puede aplacar su sed, sin que lleguen á extinguirse; su humildad, como fuente sellada que oculta en el interior toda la gloria de la hija del rey; basta, hermanos míos, yo me pierdo entre la muchedumbre de alabanzas que los cielos entonan á su Reina; apartemos nuestra vista de los ángeles y de los Santos y sigamos á María que va á presentarse delante del trono de Jehová, escoltada por el numeroso ejército de las Virgenes del Cordero; pende de sus hombros el magestuoso manto de una Reina esmaltado con variedad de colores; de oro son las franjas de su vestido; olor de mirra exhala por doquiera; las hijas de Tiro la acompañan cargadas de presentes; muchos querubines sostienen con respeto las extremidades de su real vestidura.

Así acompañada y ataviada preséntase María en el SANCTA SANCTORUM de ese templo de la Jerusalén Celestial. Tan hermosa estaba, que al punto codició el Rey su belleza; levantóse de su trono, para salirla al encuentro: SURREXIT REX IN OCCURSUM EJUS; saludóla reverentemente; ADORAVIT QUE EAM; ocupó de nuevo su trono, como convenia á la magestad de tan gran Monarca: ET SEDIT SUPER THRONUM SUUM; más al punto, los espíritus celestiales ministros de su voluntad soberana, colocaron otro trono para la Madre del rey; POSITUSQUE EST THRONUS MATRI REGIS; y entre los himnos de los ángeles y las alabanzas de los santos, entre los aplausos del cielo y las alegrías de la tierra se asentó María á la derecha del Rey, QUÆ SEDIT AD DEXTERAM EJUS, brillante con su vestidura de oro, IN VESTITU DEAURATO, enriquecida de galas y de joyas, CIRCUNDATA VARIETATE. Entonces, la aclamaron bienaventurada todas las hijas de Sión; y María, embriagándose en ese torrente de delicias, pudo decir de si misma: he sido exaltada como el cedro en el monte Líbano y como el cipres en el monte santo; mi aroma es suave como el de escogida mirra, como el de rico cinámomo y como el del bálsamo precioso. Entre tanto, el celestial esposo, enamorado de su hermosura virginal, la decía: ¡Qué hermosa eres amiga mía! ¡qué hermosa eres! tus ojos son de paloma; como franja de grana son tus labios; tu palabra dulce como la leche y la miel; el olor de tus vestidos como el olor del incienso; toda eres hermosa, amiga mía y no hay mancha en tí; ven esposa mía, ven, serás coronada ¿Ves mi imperio? en herencia me han sido dadas las naciones y los pueblos de la tierra; pues bien, yo quiero ceñir tu frente virginal con la diadema de mi reino, y quiero que lleves en tus purísimas manos el cetro de mi imperio; de hoy en adelante, manda como reina y serás obedecida; PETE MATER MEA; y María en el pleno goce de su felicidad

exclamaba: al fin he encontrado mi descanso, ahora moraré en la heredad del Señor, ¡Cuán hermosos son tus tabernáculos, Señor, Dios de las virtudes! ya nunca lo abandonaré; es el más hermoso entre los hijos de los hombres; sus labios destilan la gracia y la dulzura; su corazón es el huerto de mi recreo, mi amado es para mi y yo soy para mi amado.....no puedo más, hermanos míos; me faltan palabras para pintaros ese coloquio eterno, silencioso, sublime, que forma el encanto de Dios y la dicha de María; ese deliquio de amor, ese arrobamiento misterioso, esa embriagadora felicidad, ese torrente de delicias, esa fuente de aguas inestinguibles, ese río de inefables consuelos, ese mar insondable de goces eternos y purísimos; carezco de palabras para explicaros todo esto; y todo esto se llama bienaventuranza, cielo, Paraíso, gloria de María, gloria de Diossolo me queda una palabra consoladora para vosotros y para mi, hermanos míos. María nos convida á que participemos de su reino, y es esta la petición que dirigé siempre al rey inmortal de los siglos. Pide, Madre mía, le dijo Dios al coronarla como reina del Universo; y la amorosísima María solo respondió: Señor que sean salvos todos los redimidos con la sangre del Cordero.

Hermanos míos, abandonemos la tierra y volemós al cielo, en alas de la oración de María, para cantar sus glorias por toda la eternidad.

